

Por la autora de *Romper el círculo*

# UGLY LOVE

PÍDEME CUALQUIER COSA MENOS AMOR

COLLEEN  
HOOVER

 Planeta

COLLEEN HOOVER

UGLY LOVE

Pídeme cualquier cosa  
menos amor

Traducción de Lara Agnelli

 Planeta

Título original: *Ugly Love*

© Colleen Hoover, 2014

Todos los derechos reservados

Edición publicada de acuerdo con la editorial original, Atria Books, un sello de Simon & Schuster, Inc

© por la traducción, Lara Agnelli, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: enero de 2024

ISBN: 978-84-08-28270-9

Depósito legal: B. 20.830-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# 1

## TATE

—Alguien la ha apuñalado en el cuello, señorita.

Con los ojos muy abiertos, me vuelvo lentamente hacia el caballero entrado en años parado a mi lado. Tras presionar el botón de subida en el ascensor, me mira. Sonriendo, me señala el cuello.

—La marca de nacimiento.

Me llevo la mano al cuello de manera instintiva y me toco la marca del tamaño de una moneda que tengo debajo de la oreja.

—Mi abuelo solía decir que la ubicación de una marca de nacimiento contaba la historia de cómo esa persona había perdido la batalla en una vida anterior. Supongo que a usted la apuñalaron en el cuello. Seguro que fue una muerte rápida.

Sonrío, aunque no sé si debería sentirme divertida o asustada. A pesar de que el tema que ha elegido para darme conversación es un tanto macabro, no puede ser un tipo peligroso. Por su postura encorvada y el temblor general, no puede tener menos de ochenta años. Se dirige despacio hacia una de las dos butacas de terciopelo rojo que hay apoyadas contra la pared, junto al ascensor. Gruñe al sentarse y me mira de nuevo.

—¿Va al piso dieciocho?

Entorno los ojos mientras proceso su pregunta. Al parecer sabe a qué planta voy, aunque es la primera vez que piso este bloque de apartamentos y, ciertamente, es la primera vez que veo a este hombre.

—Sí, señor —respondo con cautela—. ¿Trabaja aquí?

—Oh, sí. Así es. —Señala hacia el ascensor con la cabeza y yo contemplo los números que se van iluminando. Todavía le faltan once pisos para llegar hasta aquí. Espero que no tarde demasiado—. Soy el que pulsa el botón del ascensor —sigue diciendo—. Creo que mi puesto de trabajo no tiene un cargo oficial, pero a mí me gusta decir que soy capitán de vuelo, teniendo en cuenta que envío gente a una altura de veinte pisos.

Sus palabras me hacen sonreír, sobre todo porque tanto mi hermano como mi padre son pilotos.

—¿Cuánto tiempo hace que es el capitán de vuelo de este ascensor? —le pregunto mientras espero. Juro que es el ascensor más lento que he visto en la vida.

—Desde que me hice demasiado viejo para seguir con el mantenimiento del edificio. Trabajé aquí treinta y dos años antes de ascender a capitán. Llevo quince años enviando gente a las alturas. Más de quince, creo. El dueño me dio este trabajo por caridad, para que estuviera ocupado hasta que me muriera. —Sonríe sin mirarme—. Lo que no sabía era que Dios me había dado una larga lista de cosas importantes que quiero cumplir en la vida y, todavía hoy, voy tan retrasado que no creo que pueda morirme nunca.

Estoy riéndome cuando las puertas del ascensor se abren al fin. Me agacho para coger el asa de la maleta y

me vuelvo hacia él una vez más antes de entrar en el ascensor.

—¿Cómo se llama?

—Samuel, pero llámeme Cap. Todos me llaman así.

—¿Tiene alguna marca de nacimiento, Cap?

Él sonríe.

—De hecho, sí. Al parecer, en mi vida anterior me dispararon en el culo. Debo de haberme desangrado.

Sonriendo, me llevo la mano a la frente para saludarlo militarmente. Entro en el ascensor y, al darme la vuelta para quedar encarada hacia las puertas abiertas, admiro la extravagancia del vestíbulo. Este lugar, con sus anchas columnas y los suelos de mármol, se parece más a un hotel histórico que a un bloque de apartamentos.

Cuando Corbin me dijo que podía quedarme a vivir con él hasta que encontrara trabajo, no me imaginaba que ya estuviera viviendo como un adulto. Pensé que su casa sería algo parecido a lo que tenía la última vez que fui a visitarlo, justo después de graduarme en el instituto, cuando él se estaba preparando para sacarse el título de piloto, cuatro años atrás. En aquellos tiempos vivía en un edificio bajo y sencillo, por llamarlo de manera bonita, y eso era lo que esperaba encontrar hoy.

Ciertamente, no esperaba encontrarme un rascacielos en pleno centro de San Francisco.

Levanto la mano hacia el panel y pulso el botón del piso dieciocho antes de fijarme en la pared acristalada del ascensor. Estuve todo el día de ayer y parte de esta mañana recogiendo mis pertenencias en el apartamento de San Diego. Por suerte, no tengo gran cosa. Pero, tras el viaje de ochocientos kilómetros en coche que he hecho sola, mi re-

flejo muestra lo agotada que estoy. Llevo el pelo recogido en un moño alto, sujeto con un lápiz de cualquier manera, ya que no he podido buscar un coletero mientras conducía. Tengo los ojos de color avellana, igual que el pelo, pero estoy segura de que hoy deben de parecer mucho más oscuros por las ojeras.

Metó la mano en el bolso en busca del bálsamo labial, tratando de salvar los labios antes de que tengan tan mal aspecto como el resto de mí. Justo cuando las puertas del ascensor empiezan a cerrarse, se vuelven a abrir. Un tipo se dirige a toda prisa hacia los ascensores y saluda al anciano sin detenerse.

—Gracias, Cap.

Desde donde estoy no veo a Cap, pero lo oigo refunfuñar algo entre dientes. No parece que le apetezca charlar con el recién llegado tanto como conmigo hace un momento. El tipo parece tener veintitantos años, menos de treinta. Cuando me sonrío, sé exactamente lo que está pensando, puesto que acaba de meterse la mano izquierda en el bolsillo.

La mano en la que lleva el anillo de casado.

—Voy al décimo —me dice sin dejar de observarme.

Baja la vista hacia el discreto escote que deja a la vista mi camiseta y luego hacia la maleta que tengo al lado. Pulso el botón de la décima planta.

«Debería haberme puesto un jersey.»

—¿De mudanza? —me pregunta mirándome el escote de nuevo de manera descarada.

Asiento con la cabeza, aunque dudo de que se entere, teniendo en cuenta que no me está mirando a la cara.

—¿A qué piso vas?

«Ah, no. Ni hablar.»

Alzo los brazos y cubro el panel para que no vea el botón iluminado del piso dieciocho. Luego pulso todos los botones entre el diez y el dieciocho. Cuando él mira hacia el panel, confundido, le suelto:

—No es de tu incumbencia.

Él se echa a reír.

Se piensa que estoy de broma.

Alza una ceja oscura y espesa. Es una ceja agradable, unida a un rostro agradable, que va unido a una cabeza agradable, la cual, a su vez, va unida a un cuerpo agradable.

Un cuerpo casado.

Capullo.

Él me dirige una sonrisa seductora al darse cuenta de que lo estaba observando, pero mi interés no tiene nada que ver con lo que se está imaginando. Me preguntaba cuántas veces habría estado ese cuerpo pegado a alguna chica que no fuera su esposa.

Siento lástima de su esposa.

Cuando llegamos a la décima planta, él sigue con la vista pegada a mi escote.

—Puedo ayudarte con eso —se ofrece señalando la maleta con la cabeza.

Su voz también es agradable. A saber cuántas chicas habrán caído presas del embrujo de esa voz de hombre casado. Se acerca a mí y, con decisión, presiona el botón que cierra las puertas. Sosteniéndole la mirada, presiono el botón que las abre.

—No hace falta. Yo me encargo.

Él asiente como si lo entendiera, pero el brillo seductor



de su mirada no desaparece. Si antes me caía mal, ahora aún me cae peor. Sale del ascensor y se vuelve hacia mí antes de alejarse.

—Nos vemos, Tate —dice mientras se cierran las puertas.

Frunzo el ceño, incómoda, al darme cuenta de que las dos personas con las que he interactuado desde que he entrado en el edificio ya sabían quién era yo.

Sigo subiendo en el ascensor, que se detiene en cada una de las plantas que nos separan del piso dieciocho. Mientras salgo, cojo el móvil y abro el chat de Corbin, porque no recuerdo si me dijo que estaba en el apartamento 1816 o en el 1814.

¿O era el 1826?

Me detengo a la altura del 1814 porque hay un tipo tirado en el suelo del pasillo, con la espalda apoyada en la puerta del 1816.

«Por favor, que no sea el 1816.»

Cuando encuentro el mensaje que busco, hago una mueca. Es el 1816.

«¡Cómo no!»

Me dirijo lentamente hacia la puerta con la esperanza de no despertarlo. Tiene las piernas extendidas y la espalda apoyada en la puerta de Corbin. Ha pegado la barbilla al pecho y está roncando.

—Perdón —susurro, pero el tipo no reacciona. Levanto la pierna y le doy una patadita en el hombro—. Tengo que entrar en este apartamento.

Él se sobresalta. Abre los ojos despacio y se queda observando al frente, donde están mis piernas.

Al ver mis rodillas, frunce el ceño y se echa lentamente

hacia delante. Alza una mano y me toca la rodilla con un dedo, como si no hubiera visto una rodilla en su vida. Deja caer la mano, cierra los ojos y vuelve a dormirse apoyado en la puerta.

«Genial.»

Corbin no vuelve hasta mañana, así que lo llamo por teléfono para que me diga si debería preocuparme por este tipo o no.

—¿Tate? —me pregunta sin molestarse en saludarme.

—Sí. He llegado bien, pero no puedo entrar porque hay un borracho durmiendo en tu puerta. ¿Alguna sugerencia?

—¿El 1816? ¿Estás segura de que estás en la puerta correcta?

—Segurísima.

—¿Estás segura de que está borracho?

—Segurísima.

—Qué raro... ¿Qué lleva puesto?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque si lleva uniforme de piloto, probablemente viva en el bloque. La compañía de vuelo tiene un contrato con los dueños.

El tipo no viste ningún uniforme, pero no puedo evitar fijarme en que los vaqueros y la camiseta negra le sientan estupendamente.

—No, no lleva uniforme.

—¿Puedes entrar sin que se despierte?

—Tendría que moverlo. Y se caerá hacia dentro si abro la puerta.

Corbin guarda silencio unos segundos.

—Baja y pregunta por Cap. Ya le dije que llegarías esta noche. Puede acompañarte hasta que hayas entrado.

Suspiro, porque llevo seis horas al volante y lo que menos me apetece ahora mismo es volver al vestíbulo. Y también suspiro porque dudo que Cap pudiera echarme una mano con esto.

—Mejor quédate y no cuelgues hasta que haya entrado.

Mi plan me parece mucho más razonable. Sosteniendo el móvil entre el cuello y la oreja, busco en el bolso la llave que Corbin me envió. La inserto en la cerradura y empiezo a abrir la puerta, pero el borracho se cae hacia atrás con cada centímetro que abro. Gruñe, aunque no vuelve a abrir los ojos.

—Qué pena que esté tan perjudicado —le digo a Corbin—. No está nada mal.

—Tate, entra de una puta vez y cierra la puerta para que pueda colgar.

Pongo los ojos en blanco. Sigue siendo el mismo hermano mandón de siempre. Sabía que venirme a vivir con él no sería bueno para nuestra relación, sobre todo teniendo en cuenta que siempre me ha tratado más como un padre que como un hermano; pero no tenía tiempo de encontrar un trabajo y un apartamento propio antes de que empezaran las clases, lo que me dejó con pocas opciones.

Sin embargo, espero que las cosas entre nosotros sean distintas ahora que él tiene veinticinco y yo veintitrés. Si no somos capaces de llevarnos mejor ahora que cuando éramos niños, es que todavía hemos de madurar mucho.

Supongo que va a depender de si Corbin ha cambiado desde la última vez que vivimos juntos. Les sacaba fallos a todos los chicos con los que salía, a todos mis amigos, a todas las decisiones que tomaba, incluso a la universidad que elegí. Pero nunca hice caso de sus opiniones. La distancia

y el tiempo han ayudado a que deje de estarme constantemente encima, pero mudarme a vivir con él será la prueba definitiva.

Me cuelgo el bolso al hombro, pero se me engancha en el asa de la maleta y dejo que se caiga al suelo. Mientras con la mano izquierda agarro con firmeza el pomo de la puerta para que el tipo este no se caiga dentro del apartamento, le apoyo el pie en el hombro y empujo, tratando de desplazarlo.

Pero nada, no se mueve.

—Corbin, pesa demasiado. Voy a tener que colgar para poder usar las dos manos.

—No, no cuelgues. Ponte el móvil en el bolsillo, pero no cuelgues.

Bajo la vista hacia la camiseta de talla grande y los *leggings* que llevo puestos.

—No tengo bolsillos. Al sujetador que va.

Corbin hace un ruido, como si le entraran arcadas. Sin hacerle caso, me aparto el teléfono de la oreja y me lo meto en el sujetador. Retiro la llave de la cerradura y la lanzo hacia el bolso, pero no acierto y se cae al suelo. Agarro al borracho con las dos manos para sacarlo del medio.

—Muy bien, colega —le digo haciendo fuerza—. Siento interrumpirte la siesta, pero necesito entrar en el apartamento.

No sé cómo, logro apoyarlo en el marco de la puerta para impedir que se caiga hacia el interior. Abro un poco más la puerta y me vuelvo para recuperar mis cosas.

Algo cálido me agarra por el tobillo.

Me quedo paralizada.

Miro hacia abajo.

—¡Suéltame! —grito dándole patadas a la mano que me coge el tobillo con tanta fuerza que estoy segura de que me dejará marcas.

El borracho me mira, pero sigue sin soltarme, lo que hace que me caiga de espaldas en el apartamento al tratar de apartarme.

—Tengo que entrar ahí —murmura justo cuando mi culo entra en contacto con el suelo.

Trata de abrir la puerta con la otra mano, lo que me provoca un ataque de pánico. Encojo las piernas para meterlas en el piso, pero como él sigue aferrado a mi tobillo, entra también. Uso la pierna libre para darle una patada a la puerta, y lo alcanzo de lleno en la muñeca.

—¡Mierda! —grita tratando de recuperar su mano, pero yo sigo presionando la puerta con el pie.

Aflojo la presión lo justo para que él retire la mano y luego cierro de una patada. Me levanto a toda velocidad y echo el pestillo, la cadenita y todo lo que encuentro. Cuando el corazón se me calma un poco, me empieza a gritar.

Literalmente. Mi corazón me está llamando a gritos. Tiene voz de hombre, una voz grave y profunda.

Y me dice: «¡Tate, Tate!».

¡Es Corbin!

Inmediatamente bajo la vista hacia mi escote, saco el móvil del sujetador y me lo acerco a la oreja.

—¡Tate, respóndeme!

Hago una mueca y me aparto el teléfono unos centímetros.

—Estoy bien —respondo sin aliento—. Estoy dentro y he cerrado con pestillo.

—¡Por Dios! —exclama él aliviado—. Me has dado un susto de muerte. ¿Qué demonios ha pasado?

—El tipo ha tratado de entrar, pero lo he dejado fuera. Y he cerrado con pestillo.

Enciendo la luz del salón y doy un par de pasos, pero me detengo en seco.

«Brillante, Tate.»

Me doy la vuelta poco a poco al darme cuenta de lo que acabo de hacer.

—Eeem, ¿Corbin? —Hago una pausa—. Me temo que me he dejado unas cosillas fuera. Saldría a buscarlas, pero es que el borracho está empeñado en entrar en tu apartamento, así que no pienso volver a abrir la puerta. ¿Alguna sugerencia?

Él permanece en silencio unos instantes.

—¿Qué te has dejado fuera?

No me apetece responderle, pero lo hago.

—La maleta.

—Joder, Tate —murmura.

—Y... el bolso.

—¿Por qué demonios está el bolso fuera?

—Y es posible que me haya dejado también la llave de tu apartamento en el suelo del pasillo.

Esta vez ni siquiera se molesta en responder; solo gruñe.

—Llamaré a Miles para ver si ya ha llegado a casa. Dame dos minutos.

—Un momento. ¿Quién es Miles?

—El vecino de enfrente. Ni se te ocurra abrir la puerta hasta que vuelva a llamarte.

Cuando Corbin cuelga, me apoyo en la puerta. Llevo viviendo en San Francisco media hora y ya le estoy dando

por saco. Qué raro. Tendré suerte si me deja quedarme aquí hasta que encuentre trabajo. Espero no tardar mucho en conseguir empleo, teniendo en cuenta que he enviado mi currículum para cubrir una de las tres plazas de enfermera disponibles en el hospital más cercano. Tal vez me toque trabajar de noche, o los fines de semana, o las dos cosas, pero aceptaré cualquier cosa con tal de no tener que echar mano de mis ahorros mientras estudio.

Cuando suena el teléfono, deslizo el dedo por la pantalla y respondo:

—Hola.

—¿Tate?

—Sip. —Me pregunto por qué siempre tiene que asegurarse de que habla conmigo. Me ha llamado a mí, a mi número. ¿Quién puede responder, si no soy yo? ¿Alguien con mi misma voz?

—He localizado a Miles.

—Bien. ¿Me va a ayudar a recuperar mis cosas?

—No exactamente. Yo... necesito que me hagas un favor enorme.

Vuelvo a dejar caer la cabeza contra la puerta. Tengo la sensación de que los próximos meses van a estar llenos de peticiones inoportunas, ya que sabe que él me está haciendo un favor enorme al dejar que me quede aquí. ¿Los platos? Seguro. ¿La colada? Sin duda. ¿La compra? Dalo por hecho.

—¿Qué necesitas?

—Es que... Miles necesita tu ayuda.

—¿El vecino? —Guardo silencio cuando sumo dos y dos. Con los ojos cerrados, añado—: Corbin, por favor, no me digas que el tipo al que has llamado para que me proteja del borracho es el borracho.

Corbin suspira.

—Necesito que abras la puerta y lo dejes entrar. Que duerma en el sofá. Llegaré mañana a primera hora. Cuando se le pase, sabrá dónde está y se irá a su casa.

Niego con la cabeza.

—¿En qué clase de apartamento vives? ¿Tengo que prepararme para que algún borracho me meta mano cada vez que vuelva a casa?

Corbin hace una larga pausa.

—¿Te ha metido mano?

—Quizá no sería esa la palabra precisa, pero me ha agarrado del tobillo.

Corbin suelta un suspiro.

—Hazlo por mí, Tate. Vuelve a llamarme cuando Miles esté dentro y hayas recuperado tus cosas.

—Vale —refunfuño, al notar la preocupación en su voz.

Corto la llamada y abro la puerta. El borracho se cae de lado. El móvil se le escurre de la mano y va a parar al suelo, junto a su cabeza. Lo empujo y, cuando queda tumbado de espaldas en el suelo, lo observo desde arriba. Él abre los ojos y trata de enfocar la mirada, pero se le cierran los párpados.

—Tú no eres Corbin —murmura.

—No, no lo soy, pero soy tu nueva vecina, y tengo la sensación de que me vas a deber al menos cincuenta tazas de azúcar.

Lo agarro por los hombros y trato de hacer que se siente, pero no se mueve. Parece incapaz de mover un músculo. ¿Cómo puede alguien emborracharse hasta este punto?



Lo agarro por las manos y tiro de él centímetro a centímetro hasta que entra en el apartamento. Me detengo cuando está lo bastante dentro para poder cerrar la puerta. Recupero mis cosas y cierro. Tomo un cojín del sofá, le apoyo la cabeza en él y lo pongo de lado, por si acaso vomita mientras duerme.

Y esta es toda la ayuda que le voy a proporcionar.

Cuando está cómodamente dormido en medio de la sala, miro a mi alrededor. Aquí cabrían tres salones del antiguo apartamento de Corbin. La zona de comedor está unida al salón, pero la cocina está separada por una pared que llega a media altura. La estancia está decorada con varios cuadros de estilo moderno. Los sofás, voluminosos y mullidos, son de color canela claro, lo que hace destacar los vivos colores de los cuadros. La última vez que dormí en su casa tenía un futón, un puf de bolitas y pósteres de modelos en las paredes.

Creo que mi hermano está madurando al fin.

—Impresionante, Corbin —comento en voz alta mientras voy recorriendo las habitaciones, encendiendo las luces y familiarizándome con mi nuevo hogar temporal. Me da un poco de rabia que sea tan bonito. Me costará más marcharme cuando haya ahorrado lo suficiente para mudarme.

Entro en la cocina y abro la nevera. Hay una hilera de salsas y condimentos en la puerta, una caja con restos de pizza en el estante central y un cartón de leche totalmente vacío en el superior.

Por supuesto que no tiene nada en la nevera. Tampoco podía esperar que hubiera cambiado tanto.

Cojo una botella de agua y salgo de la cocina en busca

de la que será mi habitación durante los próximos meses. Hay dos dormitorios, el de Corbin y otro, que es donde entro para dejar la maleta sobre la cama. Tengo tres maletas más y al menos seis cajas en el coche, por no mencionar la ropa que llevo con las perchas incorporadas, pero no pienso tocar nada de eso esta noche. Corbin ha dicho que vuelve mañana por la mañana, así que se lo dejo a él.

Me pongo unos pantalones de chándal y una camiseta de tirantes, me cepillo los dientes y me preparo para acostarme. Normalmente me pondría nerviosa saber que comparto apartamento con un extraño, pero tengo la sensación de que no necesito preocuparme. Corbin nunca me habría pedido que ayudara a alguien que considerara peligroso. Reconozco que me extraña, porque si esta conducta es habitual en Miles, no entiendo que me haya pedido que lo deje entrar en el apartamento.

Corbin nunca se ha fiado de los chicos que se me acercan, y la culpa es de Blake, el primer novio formal que tuve a los quince años, que era también el mejor amigo de Corbin. Blake tenía diecisiete años y yo pasé meses colgadísima de él. Por supuesto, mis amigas y yo nos colgábamos de la mayoría de los amigos de Corbin por la simple razón de que eran mayores que nosotras.

Blake venía a casa casi todos los fines de semana y se quedaba a dormir. No sé cómo, siempre encontrábamos la manera de quedarnos a solas cuando Corbin estaba distraído. Una cosa llevó a la otra y, tras varias semanas de vernos a escondidas, Blake me dijo que quería que lo nuestro fuera oficial. El problema fue que no anticipó la reacción que tendría Corbin cuando él me rompiera el corazón.

Y me lo rompió bien roto, sí, señor. En tantos trozos como puede romperse un corazón a los quince años tras dos semanas de relación secreta. Al parecer, durante las dos semanas que estuvo conmigo, salió también con varias chicas más. Cuando Corbin se enteró, puso fin a su amistad y advirtió al resto de sus amigos de que no debían acercarse a mí.

A partir de ese momento me resultó imposible salir con nadie en el instituto hasta que mi hermano se graduó y se marchó. Incluso entonces, los chicos se mantenían a distancia tras haber oído las historias de terror que corrían sobre lo que les pasaba a los que se atrevían a acercarse a la hermana pequeña de Corbin.

Y, aunque en aquella época lo odiaba, ahora lo agradecería. Desde el instituto he tenido un montón de relaciones desastrosas. Estuve viviendo un año con mi último novio antes de darme cuenta de que esperábamos cosas distintas de nuestra vida en común. Él pretendía que me quedara en casa, pero yo quería una carrera profesional.

Por eso estoy aquí. Para sacarme un máster en Enfermería mientras hago lo posible por mantenerme alejada de cualquier relación. Tal vez lo de vivir con Corbin no sea tan mala idea después de todo.

Regreso al salón para apagar las luces, pero al doblar la esquina me detengo inmediatamente.

Miles se ha levantado y ahora está en la cocina, inclinado sobre la barra de desayuno, donde ha apoyado los brazos. Está sentado en el borde de un taburete, y parece estar a punto de caerse al suelo en cualquier momento. No sé si se ha vuelto a dormir o si está tratando de recuperarse.

—¿Miles?

No reacciona cuando pronuncio su nombre, por lo que

me acerco y le apoyo la mano en el hombro, sacudiéndolo con delicadeza.

En cuanto le aprieto el hombro con los dedos, él contiene el aliento y endereza la espalda, como si acabara de despertarlo de un profundo sueño.

O de una pesadilla.

Inmediatamente se desliza del taburete hacia el suelo, pero apenas se sostiene en pie. Cuando se tambalea, le cojo el brazo y me lo paso por encima del hombro para sacarlo de la cocina.

—Vamos al sofá, colega.

Él apoya la frente en mi cabeza y avanza tropezando a mi lado, poniéndomelo más difícil.

—No me llamo Colega —dice arrastrando las letras—, me llamo Miles.

Al llegar frente al sofá trato de quitármelo de encima.

—Muy bien, Miles o como te llames. A dormir.

Se deja caer en el sofá, pero no me suelta los hombros, por lo que me caigo con él, aunque trato de soltarme enseguida.

—Rachel, no —me ruega agarrándome del brazo para que vuelva a sentarme con él.

—No me llamo Rachel —le aclaro mientras trato de liberarme de su mano, que parece de hierro—. Me llamo Tate.

No sé por qué me molesto en aclararle nada, ya que probablemente no recordará ni una palabra de esta conversación por la mañana.

Camino hasta donde está el cojín y lo recojo, pero me detengo antes de dárselo, porque se ha vuelto de lado y ha hundido la cara en el sofá. Lo aferra con tanta fuerza que

tiene los nudillos blancos. Al principio pienso que está a punto de vomitar, pero luego me doy cuenta de que estoy equivocada.

No está vomitando.

Está llorando.

Desconsoladamente.

Con un desconsuelo tan grande que ni siquiera hace ruido.

No lo conozco de nada, pero su sufrimiento es tan flagrante que resulta duro de contemplar. Miro hacia el pasillo y vuelvo a mirarlo a él, preguntándome si debería dejarlo solo para darle privacidad. Lo último que quiero es verme envuelta en los problemas de los demás. Hasta ahora he logrado mantenerme al margen de los líos de mi círculo de amigos, y no tengo ninguna intención de empezar ahora. Pero, aunque mi primer impulso ha sido el de alejarme, este hombre me despierta una extraña empatía. Su dolor parece auténtico, y no una reacción al consumo exagerado de alcohol.

Me dejo caer de rodillas frente al sofá y le toco el hombro.  
—¿Miles?

Él inspira hondo y alza la cara despacio hacia mí. Sus ojos me recuerdan a dos puñaladas en un tomate, porque apenas puede abrirlos y por lo rojos que están. No sé si se debe al alcohol o a lo mucho que ha llorado.

—Lo siento mucho, Rachel —se disculpa alargando una mano hacia mí. Rodeándome la nuca con ella, me inclina hacia él y hunde la cara en el hueco de mi hombro—. Lo siento muchísimo.

No tengo ni idea de quién es Rachel ni de qué le hizo, pero si él lo está pasando tan mal, tiemblo al pensar en

cómo estará ella. Estoy tentada de quitarle el móvil y llamar a Rachel para que venga a arreglar las cosas con él. Pero, en vez de eso, lo que hago es empujarlo con suavidad hacia el sofá. Coloco bien el cojín y lo animo a apoyar la cabeza en él.

—Duérmete, Miles —le digo en tono amable.

Sin embargo, él me dirige una mirada herida mientras se acomoda en el almohadón.

—Me odias tanto —afirma buscándome la mano. Cierra los ojos y suelta un suspiro muy sentido.

Lo observo en silencio y le permito que me sostenga la mano mientras se calma y deja de llorar. Luego retiro la mano, pero permanezco a su lado un rato más.

Aunque se ha dormido, parece seguir inmerso en un universo de dolor. Tiene el ceño fruncido y la respiración entrecortada.

Me doy cuenta de que una cicatriz irregular de unos diez centímetros le recorre la mandíbula hasta detenerse a unos cinco centímetros de sus labios. Siento el impulso de recorrerla con el dedo, pero, en vez de eso, le acaricio el pelo. Lo lleva corto por los lados, un poco más largo por encima y el color es una mezcla perfecta de rubio y castaño. Le acaricio la cabeza para consolarlo, aunque tal vez no se lo merezca.

Tal vez se merezca cada gramo de remordimiento que está sintiendo por lo que le hizo a Rachel, pero al menos su remordimiento es real. Eso es innegable.

No sé qué le haría a Rachel, pero creo que la ama lo suficiente para arrepentirse.